

CÓMO SE COMUNICAN LOS PRESIDENTES

Jesús Martín-Barbero

Investigador colombiano que ha pensado la sociedad desde la comunicación y luchador por la democracia. Su último libro: *Oficio de un cartógrafo*, Santiago de Chile, FCE, 2005.

La situación de América Latina presenta hoy un rasgo fuertemente alentador: el retorno de la política al primer plano de la escena después de casi veinte años de sufrir la perversión de tener a la economía —trasvestida de ciencia pura y dura— actuando como único e inapelable protagonista. Suplantando a la economía política, la *macro-economía* no sólo relegó la política a un lugar subalterno en la toma de decisiones sino que ha contribuido grandemente en nuestros países al vaciamiento ideológico y simbólico de la política y por tanto a su grado más cínico de instrumentalización. Con la secuela de *des-moralización* que ello ha producido al traducirse una creciente percepción de humillación y sensación de impotencia individual y colectiva. El secuestro de la política por la macroeconomía ha contribuido también a la deslegitimación del Estado, convirtiéndolo en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC sobre una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones obligados a emigrar hacia USA y Europa. Por todo eso, el *retorno de la política* oxigena el ambiente, ensanchando el horizonte de la acción y del pensamiento. Pero vuelve la política con todo lo que ella conlleva de inercias y contradicciones.

Y una de las contradicciones que más claramente movilizan hoy la política —al mismo tiempo que la limitan deformando profundamente la democracia— es su relación con los medios de comunicación. Una buena muestra de eso son los relatos que contiene este libro, análisis que contienen la garantía del venir del seguimiento, pie a tierra, de los modos como se comunican doce presidentes latinoamericanos en los últimos años. Y si los presidentes elegidos para este libro son los que, de algún modo, se apuntan a la línea progresista —más el colombiano— es decisivo para el avance y consolidación de los cambios sociales que buscan los gobiernos por ellos representados, que la democracia no siga siendo una dimensión crecientemente subvalorada, tornada *insignificante* para la mayoría, como ha aparecido en las encuestas del Latinobarómetro.

Los trazos que más fuertemente resaltan en los relatos aquí recogidos —aunque con ingredientes diferenciales— muestran que en todos los países la comunicación entre gobernantes y gobernados, entre Estado y ciudadanía, sufre de demasiado autoritarismo disfrazado, de un montón de paternalismo travestido de cercanía a la gente, y otro tanto del populismo que, a diferencia del histórico —del de los años '30 a los '50 del siglo XX— más que hacerse cargo de la voz de las mayorías la suplanta con todas las artimañas que las tecnologías y los expertos en *marketing* les prestan.

Ahí está, para empezar, el miedo a *la prensa* o su denigración permanente, su equiparación con la oposición, como rasgo presente en todos los presidentes “analizados”. Ninguno de ellos hace ruedas de prensa frecuentes sometiéndose a un escrutinio en el que pueda haber debate, alguno no concedió ninguna durante toda su presidencia, y la mayoría de los presidentes prefieren la pseudo-cercanía que procura *la radio* y su “lenguaje llano”, o la amañada audiencia de una *televisión* a la que se envían mensajes prefabricados, o en la que los presidentes se hacen presentes sólo para hablar de lo que ellos quieran, durante el tiempo que para ello necesiten, y en la estereotipada forma en que ellos impongan, ya sea la de la seria dignidad del Estado o la de la divertida habla del populacho.

Otro trazo bien marcado también en casi todos los países es que la crítica de muchos de los presidentes a los medios de comunicación en general por deformar la realidad de lo que sus gobiernos hacen, no se refleja en el apoyo a unos medios públicos independientes, y capaces entonces de procurar a los ciudadanos una información más contextualizada y unos espacios de debate que permitan contrastar verdaderamente lo que piensan y hacen los gobernantes con las diversas percepciones que se forman los gobernados. En lugar de eso, lo que encontramos es que los mismos presidentes que critican a los medios les extienden por muchos años licencias de funcionamiento, además de utilizar la publicidad oficial para premiar a los más sumisos, y de hacer de los medios públicos, especialmente de la TV, una pantalla de mera propaganda para sus logros, o descaradamente un medio al servicio de los intereses o los humores del presidente.

Hay, sin duda, unos pocos rasgos claramente favorables a la democracia, como la apertura reciente de un canal público en Brasil, dotado explícitamente de unas reglas de juego que buscan contrapensar las injerencias del gobierno de turno; o la forma en que la presidenta Bachelet busca que los medios recojan las diferencias que, en el discurso y en la acción política, implica el que el presidente de Chile sea una mujer; o la ausencia en Uruguay de voceros del presidente Tabaré Vázquez, haciendo que él mismo ponga la cara a los asuntos más conflictivos. Pero, el rostro de la democracia que dibujan los textos de este libro plantean graves denuncias y nos dejan hondas preocupaciones que deberán ser analizadas más despacio y con mayor detalle, para que puedan convertirse en propuestas de un cambio del que están decisivamente necesitados todos nuestros países.

Un cambio que deberá apuntar a hacer de *la comunicación* entre gobiernos y gobernados, un ámbito estratégico para devolverle a la política lo que más le falta hoy, que es *densidad simbólica*, esto es capacidad de convocar/movilizar a la mayoría de los ciudadanos y hacerlos sentir juntos, esto es, haciendo parte de un proyecto común. Pues, sin un mínimo de coherencia ideológica y de densidad simbólica la política, por más buenos y justos que sean los objetivos que se den sus gobernantes, acabará desmovilizando a la gente y legitimando las perversiones de un poder que ella —sin los medios— no puede vigilar ni confrontar, y menos controlar, lo que constituye la base mínima de una democracia.

Valencia, 7 de abril, 2008.